

Los que miraban

Él la vio mirando hacia ese lugar; luego él miró hacia ese lugar y vio lo que ella estaba mirando. Enseguida volvió a mirarla, y se encontró que ella ya lo estaba haciendo hacia él: allí vio lo que ella había mirado antes. Y ella, al mirarlo, vio lo que ella misma había mirado hacía un segundo, y vio –además– que él la había visto cuando miraba hacia ese lugar. Allí vio él que ella había visto que él la había mirado hacía un instante, viéndola mirar hacia ese lugar.

Ninguno hizo un comentario al respecto. Pero en algunas tardes de lluvia, cuando se quedaban en su departamento estrecho, ambos se deleitaban en mirar al otro y ver, como en un film de súper 8, todo lo que ambos vieron esa tarde, en todos esos cruces de miradas.

Preludio

La mujer se sentó, encendió un cigarrillo, exhaló la primera bocanada, dejó que se disipara frente a su interlocutor, miró de reojo el cenicero que decía Quilmes, lo acercó hasta ella: las dos o tres colillas que se mezclaban con la ceniza le parecieron un detalle desagradable. Era el signo que acentuaba un poco más la calidad de todo el lugar; sólo a él se le ocurriría un bar tan ordinario, se dijo mientras un mozo, vestido con un chaleco arrugado, una camisa blanca con el cuello sucio, servía cerveza con un buen cuello de espuma en cada vaso frente a ellos. Le dio tiempo de que se tomara un trago, lo vio ansioso a la vez que le servían su vaso, así que lo dejó estirar la mano, hacer presión con los dedos por la circunferencia del recipiente, levantarlo y llevárselo a la boca, permitiendo el roce del labio superior con la espuma. Al principio el líquido no se sentiría, pensó, las diferencias de temperaturas establecerían el momento en que la cerveza helada haga su recorrido por la boca, la garganta, hacia el estómago, en el intento de refrescar algo del calor húmedo después de una tormenta de algunos días. Ramos bebió casi todo su vaso, mirándolo luego con estudiosa atención una vez puesto sobre la mesa, haciendo una mueca de suficiencia o satisfacción; la espuma restante se iba replegando lentamente hacia el fondo, todavía abundante, aún más en relación al líquido amarillento que aguardaba aún por un último sorbo. Pero esa imagen quedó fuera de foco cuando, detrás de la transparencia del cristal, apareció una mano, luego una camisa blanca con los puños sucios, la manga de la camisa para ser más exactos. Pero volviendo a la mano, ésta traía un platito de maní con cáscara, el que fue depositado con sumo cuidado, a medida que el ojo iba regulando el punto de atención en la loza blanca y el brillo opaco que parecía emitir. Algo de la bocanada que ella exhaló se mezcló con la imagen del mozo dejando un platito de maní con cáscara, quien luego se retiró con una reverencia absurda, murmurando entre dientes algo que no alcanzaba a ser una palabra. La mujer dejó que el mozo volviera a la barra, lo vio apoyarse de costado, mirando hacia un punto indefinido, marcando un ritmo difuso con el zapato sobre el piso de madera de esa antigua casa estilo colonial que oficiaba de bar, con todos los detalles o deterioros -que son las marcas del tiempo- en todas partes: las grietas en las paredes, el techo con sus manchas de humedad, la madera que crujía, una marca en un ángulo de la sala, donde se podía suponer que allí hubo una chimenea o un fogón, alguna vez, pero que ahora ocupaba ese mismo espacio una heladera vieja que jamás verían abierta, con el cartel de SIAM en la parte superior, con un frasco de dos litros que hacía de florero, con una planta amarillenta adentro, indefinida desde esa distancia, apenas si resaltaba su coloración de cosa muerta, casi colgando hacia uno de

los costados de la heladera blanca, cuya manija plateada tenía unas muescas de óxido. Los pasitos del mozo repiqueteaban con un sonido seco, arrítmico pero que sin duda describía algún movimiento en otra parte además de una simple afición musical o un acto reflejo inconsciente. Ella lo vio allí, suspendido en esa orquestación estática, luego siguió las líneas de la pino tea del piso hasta uno de los zócalos, pasando por una pared, deteniéndose en el cuadro de Molina Campos, para concentrarse en la imagen de un gaucho a caballo en el intento de hacer pasar un fierrito por una argolla metálica. Apenas si sonrió al ver las caras exageradas del dibujo; luego el lente de la vista fue girando a una velocidad mínima, siguiendo en parte la base armónica de los pasitos del mozo apoyado en la barra, con la vista en un punto indefinido del espacio, casi como ella, que ya se sentía como fuera de un orden acostumbrado, dentro de esa casa colonial que oficiaba de bar, aún extrañada por ser la primera vez que entraba a ese lugar, fumando su cigarrillo, arrojando las bocanadas al techo, a la vez que el silencio se iba expandiendo hasta volverse inaudible, disipándose como la humedad, como el humo, como el preludio a una serie de elementos que desencadenarían otras unidades -léxicas, sintácticas, semánticas- que derivarían en una atmósfera de sentido, capaz de ser respirada, algo que se expandiría como el silencio. Por la ventana, a unos metros de la mesa donde estaban pasaba un auto, un Citroën rojo, algo descascarado; ella se quedó viéndolo, apenas el escaso margen que permitía el ángulo de su posición y la ventana estrecha; pero un chasquido leve le hizo volver la cabeza casi con brusquedad hasta dar con él, que encendía un Camel, oyendo el sonido de la combustión del papel y el tabaco, y luego la mano sacudiendo el fósforo, una imagen aún más anacrónica para ella. “Fósforos”, se dijo y tomó un buen trago de cerveza antes de comenzar con lo que tenía que hacer. Mientras bebía, lo vio de reojo, cómo el otro se volvía borroso tras la bocanada.

El gato en el sofá

El gato en el sofá apenas es percibido por la gente que va entrando a la habitación, su mirada suficiente lo vuelve una especie de autoridad invisible en medio de todas esas personas extrañas que recorren el living, miran los detalles en las paredes, en el cortinado, luego se pierden en el corredor que da a la cocina, registran entre los utensilios, anotan en carpetas azules, revisan la llave del gas, siguen por el pasillo hasta las habitaciones, hacen inventarios del orden general, la disposición de los elementos dispersos en el suelo, las posibles marcas de alguna presencia ajena al entorno cotidiano, para salir y volver por el mismo corredor hasta el living, donde el gato, pétreo y al parecer coordinando toda esa coreografía silenciosa, continúa sobre el sofá, todavía lejos de la atención de alguna de esas personas que han entrado a una casa vaciada, gracias a una llamada anónima que recibieron por la tarde, cuando ya no quedaba mucho sol por delante, y algunas farolas de la ciudad comenzaban su juego de luciérnagas estáticas, como bastante de lo que hay dentro de la casa, donde aún deambulan, en su mayoría hombres, ya que sólo una mujer, que lleva colgada una Nikon y en su mano una libreta de papel reciclado, se da algunas vueltas detrás de algún sujeto abstraído en algún detalle en el azulejo del baño, un baño al que no se le ha dedicado tiempo para un buen arreglo, seguramente porque es un día de semana y seguro que las personas de la casa trabajan, o trabajaban, ya que no podría afirmarse cómo pueden ser las cosas después del recorrido de estas personas por la casa, lugar que, a esta altura de la tarde, o noche si se quiere ser más preciso, ha ido perdiendo esa condición de recinto privado, dejando sus puertas abiertas a cuanto curioso o personal

autorizado se le ocurra entrar y repetir -sin saberlo- un recorrido ya previsto dadas las características del lugar, ya sea su estrechez en relación a la cantidad de contingente humano que se comienza a acumular, o porque, es seguro, horas, años atrás, la familia dueña de casa, en su andar cotidiano rumbo a otros rumbos, sin detenerse a analizar el fenómeno, ha descrito los mismos pasos sobre el cerámico ajedrezado del living, siguiendo el mismo motivo en el pasillo, luego el marmolado de la cocina, y el piso oscuro en las habitaciones, sin dejar de lado el blanco, que en algún momento fue immaculado, del baño, el mismo baño que ahora recibe, como un guiño desganado e indiferente, el flash de la cámara de la mujer que lleva una boina roja, y que es la única mujer entre tanto sujeto silencioso, que apenas si piensa en esa desventaja numérica, atenta un poco más al resto de los elementos a fotografiar, concentrada toda ella en el ángulo del encuadre, los problemas de luz, el lente de uso manual, el cuidado de que nadie se le atravesara en medio de la toma, a fines de lograr un imagen nítida, dentro de todo ese ambiente pesado, que ya comienza a oler mal, aún con mayor grado de densidad en el living, donde el gato aún aguarda en su trono, con los ojos semicerrados, un gato blanco, con la punta de la cola tiznada de un negro desganado, sentado todavía en el sofá revestido en terciopelo verde oscuro, frente a una mesita ratona donde alguien ha marcado con una tiza una mancha sobre el vidrio de la base de la mesita, al lado -la mancha- de unas llaves que ya han sido espolvoreadas, a ver si una huella posible era capaz de revelar algo más que explicara, horas después, las imágenes reveladas del rollo de la cámara que carga una mujer de boina roja, que ahora se ha quedado mirando el entorno del living, con detenimiento en un cuadro que muestra el retrato, en óleo, de un hombre sentado sobre el sofá, figura humana fácil de reconocer con sólo mirar el cuerpo en el suelo y volver la vista nuevamente al cuadro, pero ya sin demasiado interés porque el pasaje, el recorrido de los ojos por el cerámico ajedrezado ha percibido, de soslayo, un movimiento sutil, apenas sugerido, sobre el sofá, donde está -aún- el gato, justamente el responsable de ese movimiento, que ha desenrollado su cola blanca con la punta manchada de un gris oscuro, para luego volver a situarla en su espacio, cubriendo apenas un margen de sus patas traseras, detalle éste que ha inmovilizado a la mujer en ese foco de atención, quien no lo piensa dos veces y levanta la cámara, da unos pasos atrás, ajusta el lente, cosa que aparezca en el encuadre, no sólo el cuerpo, sino también el sofá y -por inclusión- el gato, aprieta el botón de la Nikon, y a partir de allí todo se congela en un instante que deja de transcurrir para siempre, perdiéndose además la referencia de lugar, movimientos previos, y color, sobre todo el color, ya que ahora la imagen está en blanco y negro, impresa en la página de un diario de la ciudad, alejada, por ello, de la temporalidad de los hechos ocurridos, junto a un pequeño pie de texto que proclama al gato como único testigo de la escena del crimen, casualmente el mismo pensamiento que tiene alguien que acaba de leer la noticia y sonrío por la frase debajo de la foto -las mismas palabras, en el mismo orden-, y que dobla el diario, dejándolo en el asiento de al lado, pasillo, echa atrás el suyo, y se dispone a ver la película que han puesto, en un televisor pequeño, a dos o tres metros de él, mientras el colectivo comienza a cruzar el puente.

La Parca

La Parca estaba mirando por la ventana que daba a la morgue. Al principio no la reconocí, pues no respondía a la figura estilizada de un esqueleto encapuchado y con una guadaña. Ésta vestía de negro, pero era apenas un abrigo de lana tipo artesanal, y en vez de la guadaña tenía en sus manos una lima de uñas, la que empleaba con precisión y maestría. De todas maneras, bastó verla con atención por un instante para darme cuenta que no podía ser otra.

-Vos- le dije

-Yo- dijo sonriendo como una nena.

-Haciendo el balance diario- dije apuntando hacia la morgue, al otro lado de la ventana.

-No, recién estoy empezando la jornada.

Ya que había leído muchos cuentos donde la especulación sobre el más allá suele ser, en muchos casos, una decepción, decidí no entrar en esas series aburridísimas de preguntas sobre cualquier particularidad. Omitiendo todo eso, me quedé junto a ella que, dicho sea de paso, era muy linda, quizá porque su mirada profunda parecía también triste, detalle que en una mujer es un atributo de belleza y sensibilidad. Ternura, eso fue lo que me despertó la Parca, parada allí frente al ventanal que daba a la morgue.

-¿Tenés un pucho?- dijo de pronto, cortando, lo que se dice, el clima de la escena.

-Me queda uno; lo podemos compartir, pero acá no se puede fumar.

-Vamos a ver si alguien se atreve a prohibirme algo- dijo y sonrió.

Fumamos ambos de mi último Camel. Ella miró una vez más el cielo y suspiró:

-Lo malo de estar en el cielo es que de allí el cielo no se puede ver. Creo que lo leí en alguna parte.

-Es cierto.

-¿Qué es cierto? ¿Qué vivir en el cielo es también una tragedia, como ser mortal?

-No, es cierto que lo leíste en alguna parte.

-Muy gracioso- dijo ella y me quitó el cigarrillo. No volvió a dármele; es más, lo aplastó con su zapato ni bien fumó la última pitada. Luego me miró desafiante.

-¿Sabías que el cigarrillo mata? –dije ya sin muchas ganas de seguir allí.

-Cualquier cosa puede matarte, chiquito. Eso lo decido yo.

-Pero los estudios médicos revelan que...

-Seguro, nene. Te pueden decir lo que quieran, pero la que corta cabezas acá soy yo. Que no se te olvide. Es así nomás.

-Sí, eso ya lo sé. No sé por qué te lo discuto a vos.

-Porque sos un cabecita dura.

-Debe ser eso.

Luego nos quedamos callados, mirando el ventanal. De la morgue salió un tipo vestido de verde; tras él apareció otro que dijo algo que hizo que el primero se volviera y estallara en una carcajada.

-¿Viste?- dijo señalándolos -A mucha gente esto le hace gracia; pensá en los empresarios de pompas fúnebres. Todo esto los hace relativamente feliz.

-Sí, hasta que no les pase algo a ellos o a algún pariente cercano. Vos lo dijiste “relativamente feliz”.

-Bueno, bueno, pero mirálos a éstos, cómo se ríen. Esos tipos se irán a dormir contentos, y sus esposas, si tienen suerte, estarán también contentas. Todos contentos, qué lindo ¿no?

-Hasta que vos te des una vuelta por el barrio.

-Ah, pero vos te lo tomás muy a la tragedia. No es tan malo, ni siquiera se dan cuenta.
-Pero morirse es una cagada, no me podés negar eso.
-Para los vivos, ojo, para los que se quedan.
-Puede ser.
¿Y vos qué hacés en un hospital? Yo estoy trabajando, pero ¿vos?
-Apendicitis
-¿Y cómo estás?
-Ahora mucho mejor. Ya no me duele nada. Hasta me escapé para fumarme un pucho con vos.
-Si te encuentran, yo no me hago cargo- dijo y se rió.
-Ya estoy bastante grande para que me digan algo.
-Y, nunca se sabe. ¿Cuántos años tenés?
-Veinticinco años.
-Tan joven- dijo y suspiró.

Luego de unos minutos en silencio, mientras ella maniobraba con su lima de uñas, se me ocurrió que podía estar soñando todo esto. Por las dudas, decidí levantar el filtro del cigarrillo y guardármelo en el bolsillo de mi pijama como prueba material al menos. Cuando lo metí en el bolsillo, ella me miró extrañada y dijo:

-¿Qué hacés?
-Nada, yo me entiendo. Che, decime ¿cuántos te quedan esta noche?
-Bastantes. Acompañame que te los señalo, si querés.

Pasamos por varias habitaciones y ella fue apuntando con el dedo a un par de viejos, a una mujer obesa, un hombre conectado a un respirador. Pasó un enfermero y ella dijo:
-A ése le toca la próxima semana. Pero no acá: lo van a encontrar en el río. Le debe plata a medio mundo.

Después caminamos por el pasillo que desembocaba en la habitación cinco. Recordé de pronto a mi compañero de habitación, un fumador crónico y alcancé a decir:

-Ah, acá en la cinco hay un tipo que ya está para el muere. Miralo y decime si...
En ese momento salían dos enfermeros empujando una camilla con un cuerpo cubierto con una sábana. Miré a la Parca y ésta me hizo una seña que indicaba que levantara la sábana. Yo dudé, porque los enfermeros, que estaban hablando entre sí, y podían molestarse. Pero ella insistió y agregó “ahí vas a ver que acá decido yo”. Obedeciendo, levanté la sábana y lo vi. No hacía falta decir más. Le iba a repro-char algo, cualquier cosa, pero la miré y sólo le dije “es verdad; ni siquiera se dan cuenta.”
-¿Vamos?- dijo ella.
-Vamos- dije.

Salimos.

Un músico conceptual

Para su última obra, ‘Abismos de sonidos’, en uno de los momentos decisivos de la ópera rock, tras un clima de olas de mar, generadas con cientos de impresoras a cinta, las que iban arrojando papeles impresos que recortaban fragmentos aleatorios de un libro de poemas de Jim Morrison, el Artista buscaba a una persona del público y la llevaba al escenario. La sentaba en un sillón visible, el cual había estado durante todo el recital sin ser utilizado. Le ponía un estetoscopio a la altura del corazón, y de inmediato se oía la secuencia de los latidos, amplificada hacia todo el público. De inmediato, el sonido se iba ecualizando, a la vez que la persona elegida iba regulando el ritmo de sus latidos, excitada ante semejante situación. Eso ya había sido pensado por el Artista, quien calculó una franja de tiempo en la que ese latido se establecería (pensando en la emoción de estar frente a tantas personas, de improvisto, y con una incertidumbre mortal), y basado en esos cálculos escribió el tema final, el cual sería ‘llevado’ por el ritmo de los latidos del voluntario. El tema estaba escrito, de manera que –según el Artista– “los vaivenes musicales irán conduciendo al ‘percusionista’ a emociones diversas, tales como la paz, el horror, el vértigo y la ansiedad, de modo que sus latidos permitirán leves variaciones, las que darán la ilusión de que es el corazón el cual dirige la orquesta. Esta ilusión se afianzará aún más en el ‘percusionista’, a tal punto en que tendrá un espacio para un solo, el cual, sin dudas, será único e irrepetible. Bajo esta atmósfera, con el público en un estado tan delicado, pasará a exhibir imágenes de volcanes sumergidos en erupción, para completar el clímax total” (extracto de entrevista).

Pero todo esto no fue siempre de este modo. En una de sus últimas presentaciones, frente a unas cien mil personas, cuando fue a buscar a una persona del público, se encontró con una mujer que tenía unos ocho meses de embarazo. De inmediato la eligió, y mientras iban juntos pensaba en amplificar los latidos del bebé, y resolviendo que, si los latidos marcaban un ritmo acelerado, tocarían a medio tiempo. Tras esta idea, se le ocurrió que podría incluir esta versión en el disco en vivo de esta gira, como una joya inédita. Estaba muy ansioso por oír el solo que el bebé marcaría en ese momento. Pensó también en que si algún día se le ocurriera repetir la ópera rock, en unos veinte años, se contactaría con esta persona y lo invitaría a realizar el tema, de nuevo. Fue terrible. Los músicos no podían entrar en el tema, aunque vieron la seña del Artista, indicándoles que tocaran a medio tiempo. Se detuvo la orquesta, y mientras oían con más atención los latidos del bebé, las cien mil personas, la madre, la orquesta y, por supuesto, el Artista, descubrieron simultáneamente que el bebé tenía una arritmia cardíaca incurable. Allí todos imaginaron una sola cosa: un muchacho raquítrico, torcido, agonizando en un pasillo de hospital, como ocurrió unos dieciocho años después.

Siempre es lo mismo

El hombre sueña que se despierta unos segundos antes de que suene el reloj. Con dificultad se incorpora y se da cuenta que está en su departamento de la calle Belgrano, que a su lado duerme su mujer, y que es miércoles y hay que trabajar. En esos momentos disfruta del extrañamiento que provoca ese resucitar ante el mundo: todo parece estar allí por primera vez. Pero la magia se detiene al comprender el motivo de cada objeto que lo rodea, todas las circunstancias que determinan la permanencia de esa especie de instalación. Mira el reloj: en cualquier momento serán las seis de la mañana y tendrá que estirar la mano para apagar ese sonido molesto, levantarse sin que ella se despierte, y comenzar con los preparativos para otro día de trabajo. Pero por mientras, las agujas del reloj lo separan unos diez segundos del repiqueteo de la alarma; las agujas se acercan al número doce, y los párpados acompañan esa declinación hasta que el pequeño objeto sobre la mesita de luz desaparece y todo vuelve a ser un telón que cae, un túnel, un cambio de escena.

Abre los ojos y la alarma comienza a sonar. Se levanta casi sin hacer ruido, caminando hacia el baño, en pijama. Mientras se desviste se mira en el espejo, se pasa la palma de la mano por la cara: lo mejor es afeitarse durante la noche, piensa, ya que la piel no está en contacto con ningún elemento capaz de irritarla, como el sol y el viento. No encuentra ningún desperfecto en su cara. La ducha está tibia, y entrar en ella es como entrar en contacto con un plano diferente de percepción, con el agua cayendo sobre el cerámico. Luego, la toalla hace un recorrido usual y va a parar a un pequeño colgante. A partir de ese momento, el hombre comienza a descubrir el porqué de todo ese trámite diario. No entiende cómo, pero poco a poco comienza a sentir que todo está tan definido que por más que sus pasos intenten fallar y tomar otro rumbo, es en vano; cada movimiento está calculado y hacia un solo fin.

“Siempre es lo mismo” se dice en un breve murmullo, mientras pone la cafetera en funcionamiento, saca la leche de la heladera, y luego se encamina al dormitorio, a vestirse. Encuentra la ropa ordenada en un rincón, los zapatos lustrados, el saco impecable. No sin pesar recuerda que todo está allí todas las mañanas, que su mujer le deja -todos los días- un pequeño bombón de chocolate en el bolsillo del saco. Detalles. Cuando se lo coloca lo comprueba. Se dirige a la cocina; el café está a punto, y sobre la mesa hay un taper que guarda algunos scones y una medialuna. Levanta la tapa cuidadosamente y saca la medialuna, la muerde en uno de sus extremos, la deja sobre una servilleta que descansa sobre el individual, y busca la taza en la mesada, que está boca abajo esperando desde la noche anterior; es una taza azul, un regalo de su mujer, cuando él consiguió su actual empleo, a modo de compañera. Sirve tres cuartos de café y lo rebaja con un chorrito de leche fría. Se siente y paladea el café, le pone un poco más de azúcar, vuelve a morder la medialuna; los scones van disminuyendo a medida que pasan los minutos, pero el hombre apenas lo considera. Con cierta pesadez levanta la taza y bebe pequeños sorbos; no deja de mirar el reloj sobre la heladera, la aguja que va conduciendo su vida a un solo punto: la puerta, la escalera, la calle, el colectivo. “Siempre es lo mismo” vuelve a repetirse.

Lava la taza con mucho cuidado, la deja boca abajo encima de la pileta de la mesada de mármol, se seca las manos, mira el reloj y ya sabe lo que tiene que hacer. De pronto descubre que afuera ha comenzado a llover, y eso significa cargar con un impermeable, un paraguas y llamar un taxi, cada día más costosos. Con algo más que fatiga se arma de esos elementos y camina rumbo a la salida, a medida que el segundero del reloj repercute a cada paso. La puerta cede ante la llave; hace girar la perilla de bronce y

lentamente abandona el departamento. Sabe que hay dos escaleras, una de quince escalones; la otra, de doce. Desciende apoyado en la baranda de madera barnizada; aún está oscuro y la penumbra va retrocediendo mientras él avanza, y pareciera que la aguja lo persigue con su pulso, golpeando a la vez que la suela de los zapatos se apoya en el mármol de los peldaños. Una vez libre de las escaleras le queda un pequeño zaguán y luego la puerta que da a la calle, obstáculos simples que, sin embargo, le resultan una cuesta escarpada, llena de ramas y maleza imposible de quitar. Al fin se encuentra frente a la puerta y escucha que lo llaman; es apenas un murmullo y un sonido lejano detrás. Pero no hace caso. Intenta abrir la puerta y le tocan el hombro a la vez que su mano se aferra a la perilla. Se da vuelta y observa: nadie, salvo la voz, que ahora reconoce. “Siempre es lo mismo”, murmura con un dejo de mal humor. Lentamente se dispone a subir las escaleras, mientras que con su mano alargada busca apagar el reloj sobre la mesita de luz.

Traslación

Viendo a su hermano gemelo no pudo evitar verse a él mismo, acostado allí. Al principio esa idea lo perturbó levemente, pero luego fue perdiendo su aura oscura y se disolvió en otros pensamientos vagos. Después razonó y se dijo a sí mismo que todo era por el cansancio y lo abrupto de todo aquello (su hermano había sufrido un accidente en moto y estaba internado, recién salido de terapia, luego de una operación muy larga). Además estaba el hecho de ser idénticos y que la gente los confundiera a cada momento. Todas las personas –pensaba- conciben en su mente, alguna vez, la idea de tener un doble; para él, irónicamente, esa idea se hizo concreta durante toda su vida, y por eso jamás se le pasó por la mente. No hasta ese instante.

Las personas decían que eran como dos gotas de agua, iguales. Pero ambos sabían, se decía él, que eso era el juicio más errático que podía pensarse. Quizá algo de esas diferencias fue lo que lo llevó a meditar más de la cuenta -siempre tan obsesivo por encontrar explicaciones-, solo frente a su hermano, esa noche en una habitación del hospital.

Por ejemplo: él recordó, o supo, mejor dicho –porque aquello ya era parte de un conjunto de saberes que no necesitan recordarse- que su hermano era un bibliotecario asmático que jamás se subiría a una moto como a la que se subió -una Honda 250- y saldría como salió. Eso era, más bien, algo que correspondía a una personalidad como la de él, enemigo de la vida sedentaria y amante de la velocidad. Esa confusión o traslación de roles lo inquietó durante un momento: pensó que hubo algo importante lo llevó a realizar ese acto, irracional para un literato temeroso de cualquier alteración violenta. Algo le tuvo que haber pasado, especulaba a la vez que su hermano dormía entre las mangueras del suero y los drenajes de la nariz y de la zona de la operación. Recordó de pronto la sonda para orinar y se estremeció al pensar la idea.

Más de alguien le diría, tiempo después, que esas cosas se pensaban en un estado donde la realidad pierde tanto sentido que no es de sorprenderse que –incluso- la mirada sobre ésta ceda ante esas ilusiones, trampas de la razón misma. Supo que frente a este tipo de situaciones, la mente humana se bloqueaba, y la incapacidad de aceptar lo que sería la realidad provocaba una especie de delirio, una realidad paralela, hecha de conjeturas e indicios vagos, los que, más allá de su apariencia volátil, pueden ser tan verosímiles como los hechos concretos.

Pero eso él aún no lo sabía. Quizá aquella ignorancia fue lo que motivó a que comenzara a elaborarse una explicación que viniera a cerrar toda la secuencia. Mientras

su hermano dormía, él quiso beber un poco de agua, pero apenas si se mojó los labios y comenzó a atar cabos.

Poco a poco, algo del cansancio y las carreras de aquí para allá le fueron ganando hasta cabecear sentado en la silla. No quería dormirse ya que se sentía en la obligación de vigilar a su hermano, tan indefenso sobre la cama; además, quedaba poco suero en la botella y en cualquier momento tendría que avisar a la enfermera. Esa tarde, antes que llegaran ellos, habían desocupado la habitación, así que había una cama libre. La miró tras darse vuelta y se sentó sobre ella. Era blanda y estaría un poco más cómodo si se acostaba un momento, cuidando de no dormirse, sobre todo si el suero se estaba agotando. Una vez recostado, comenzó a pensar en el accidente, reuniendo toda la información que pudo recolectar de las versiones más variadas y lejanas; esas voces, por un momento, quizá por el shock, le resultaban extrañas, hasta incoherentes. Su hermano había salido esa tarde de la biblioteca, cerca de las siete de la tarde. Hacía varios días que lo veía raro; vagamente pensó en la idea de la doble vida. Aunque no era nada lógico lo que se planteaba, sentía que no estaba tan equivocado, sobre todo si repasaba algunas escenas que él presenció: en más de una ocasión lo oyó discutir acaloradamente por teléfono, al parecer con una mujer: oyó de su hermano palabras que sorprenderían a cualquiera de sus conocidos, giros y frases más propias de un sujeto más extrovertido, muy alejadas –las frases- de las de un literato tímido y correcto. Luego, esa madrugada que llegó borracho y que al otro día no fue a trabajar, sino que estuvo encerrado hasta la tarde en su habitación, o aquella vez que lo vio fumando en un bar: él pasaba por una esquina y lo desconcertó verlo solo, frente a un vaso de ginebra, una imagen que le causó mucha gracia. Con todas esas señales, recordó que pensaba por esos días, era evidente que su hermano estaba haciendo otra vida, y que justamente esa otra vida -o más bien, la intersección de ambos conjuntos, pensó algo sorprendido de sí mismo- estaba provocándole ciertos desequilibrios. Recordó también que había pensado en la existencia de un elemento detonante de toda esa conducta imprecisa; alguien (una mujer, estaba seguro que era por una mujer) capaz de desequilibrar a un tipo tan frío y analítico, merecía ser conocida, por lo menos para evaluar la posibilidad ruin del beneficio de la impostura, se dijo sonriendo.

De pronto todo fue más claro. Para llegar al centro del asunto convenía hacer la lista de hechos y acciones de aquella tarde, cuando su hermano llegaba de la biblioteca, demasiado serio para ser viernes. Él, que apostó a que saldría, había decidido seguirlo a donde fuera. Lo confirmó luego de unos minutos, cuando lo vio recién bañado y con esa chomba azul. Allí pensó que lo seguiría a una distancia prudente, ambos caminando, uno detrás de otro, a una cuadra y un poco más de distancia; todo debía ser pensado para no echar a perder la expedición. Sonó el teléfono, su hermano lo atendió y comenzó a discutir con alguien: no era una mujer esta vez, recordó que dedujo oyendo desde su habitación. Su hermano hablaba enojado, decía que ya iba en camino, que no se les ocurriera llamar de nuevo a la casa; dijo algunas otras cosas en voz baja, y que no se oyeron desde la habitación, relegada esa información al mismo nivel que los murmullos que se oían en el pasillo del hospital, el ruido de la gente que iba y venía, puertas que se cerraban, el teléfono, todo ese conjunto que venía a acompañarlo en la reconstrucción de un hecho. Demasiada información velada, se dijo un momento y prosiguió.

Cuando oyó colgar el teléfono, salió y entró al baño, para disimular y estar más atento a sus movimientos. Pero cuando creía que lo tendría más vigilado, oyó la bocina allá afuera y el portazo casi inmediato. Al salir del baño, por la ventana del living, la imagen de su hermano entrando en un auto negro que desapareció muy rápido en la esquina fue también un destello fugaz. Allí se detuvo, dejó de pensar un instante, porque lo que seguía era incorrecto, carecía de lógica; mejor dicho, lo que seguía era un elemento

extraño en esa historia, un detalle que no cerraba. Si bien no era él el literato, no hacía falta serlo para darse cuenta de aquello. Sobre todo cuando, tras perderse el auto en la esquina, él, algo sorprendido por la escena, decidió sacar la Honda y salir detrás del auto negro. Allí se percató (o se despertó que, venido al caso, es lo mismo) que su hermano estaba de pie al lado él, haciéndole una seña para que no hablara, tranquilizándolo con que iba a estar bien, y que por ahora sólo podía pasarle una gasa mojada por los labios, por lo menos hasta mañana, le oyó decir.

(cortazariana)